Alirio Diaz Guerra

LA INUNDACION

POEMA

ROSALIA

POEMA



CARACAS

IMPRENTA DE "LA OPINION NACIONAL"

1885

ALIRIO DÍAZ GUERRA

LA INUNDACION

POEMA

A los señores Redactores de "La Razon". En testimonio de aprecio.
El autor

CARACAS
IMPRENTA DE "LA OPINION NACIONAL"
1885

A MIS IDOLATRADOS PADRES

Tributo del más acendrado cariño.

Alirio Díaz Guerra.

Caracas: 10 de setiembre de 1885.

LA INUNDACION

I

DULCÍSIMOS recuerdos de ventura
De aquella edad serena,
En que tras sueños de inocencia pura
El pecho virgen de ilusión se llena,
Prestadme luz y calma
Y alegraréis la soledad del alma.

II

Vagan aún fugaces por mi mente
Los vívidos albores
De un porvenir espléndido y rïente,
Que en mis ensueños divisé entre flores;
Mas ay! abrí los ojos,
Y miré que mi senda era de abrojos.

III

Del sol de mi existencia á los reflejos,
El alma adolorida,
Ha mirado volar lejos, muy lejos,
Todas las ilusiones de mi vida;
Y hoy siento en torno mío
La lobreguez medrosa del vacío.

IV

Ay ! cuando surca por la vez primera
El llanto la mejilla,
Alzando al cielo su oración sincera
El alma conturbada se arrodilla ;
Pero en tan recia lucha
Ningún consuelo el corazón escucha.

V

Y luégo, en esas horas intranquilas
En que el pesar avanza,
Con avidez fijamos las pupilas
En el límpido sol de la esperanza.. ..
¿ Por qué los desengaños
Matan la fe de los primeros años?....

VI

Y cuando en medio á tanto desvarío,
El infortunio crece,
E incierto brilla el porvenir sombrío,
El llanto nuestros ojos humedece :
Que el alma desespera
Al deshacerse la ilusión primera.

VII

Niños los dos, con la conciencia pura
Y ricos de ilusiones,
Una sola mirada de ternura
Juntaba nuestros tiernos corazones ;
Con amoroso exceso
Le daba el corazón en cada beso.

VIII

Rodaba nuestra vida mansamente ;
Jamás oscuro velo
Pudo enturbiar nuestra tranquila frente,
Ni empañó el sol de nuestro hermoso cielo:
Brillaba cada hora
La grata luz de rubicunda aurora.

IX

Era joven, muy joven Rosalía,
Hermosa y sonrosada ;
Su belleza era tal, que parecía
El alba de su rostro enamorada.
En ondas el cabello
Sombra le daba al nacarado cuello.

X

Dejaba ver con tímida cautela,
En vago desvarío,
Su mirada, apacible cual la estela
Que deja atrás el viajador navío ;
Era su dulce acento
El rumor que en la flores forma el viento;

XI

Eran sus labios de color de grana
Como un coral partido ;
Las ilusiones que el amor hermana
Formaron de su seno casto nido,
Sencillas, candorosas,
Como enjambre de blancas mariposas.

XII

Ella una vez me dijo que me amaba,
¡Dulcísimo momento.... !
Y en nuestras almas la pasión brotaba
Al impulso del mismo sentimiento ;
Bajo su grata egida
Era un edén de flores nuestra vida.

XIII

Y fué el amor de los primeros años
De mi infantil locura,
Exento de aflicción y desengaños,
Idilio casto de eternal ventura ;
Florida primavera,
De mi alma pura la ilusión primera.

XIV

Oh ! ventura infantil que á mi alma diste
Tu delicioso halago !
¿ Por qué, por qué tan pronto te perdiste
De mi existencia en el revuelto lago,
Y no muestras cual antes
Todos de luz tus vívidos cambiantes?

XV

¿Por qué tras años de penosa ausencia
Tronchada fué en un día,
Para llenar de duelo mi existencia,
La hermosa flor de la esperanza mía ?
¿Por qué murió en el alma
De mi niñez la bienhechora calma?.... .

XVI

Yo no lo sé. No sabe el arroyuelo
Por qué se torna en río ;
Tampoco sabe el despejado cielo
Por qué lo entolda el huracán bravío ;
Ni en su infortunio sabe
Si ha de volver á su nidal el ave....

XVII

Abandoné mi hogar.... ¡ y sufrí tánto !
¡Funesta despedida!....
Mil veces la abracé ; mi acerbo llanto
Fué más dulce, tal vez, que mi partida.
Seguí por entre abrojos :
Me faltaba la lumbre de sus ojos.

XVIII

Su recuerdo, viviente en mi memoria,
Conmigo fué doquiera ;
De amor tan puro la sencilla historia
Nuncio de paz en mis angustias era ;
En mi desgracia impía
Su amor recuerdo, y gozo todavía.

XIX

Lentamente los años trascurrieron.
¿Quién, ay ! lo pensaría?
No ya tan míos sus recuerdos fueron
Como lo fueron cuando Dios quería ;
El sol que iluminaba
Mi memoria en su pecho, se eclipsaba.

XX

Y ya no mitigaba en mis agravios
De mi dolor las heces,
El delicado aroma de sus labios,
Que me enviaba en sus cartas otras veces ;
No imaginé siquiera
Cuál el origen de su olvido fuera.

XXI

Cuando á la luz del sol que ya se extingue
Entre arreboles varios,
Oculta entre los sauces se distingue
La cruz de los piadosos campanarios,
Y tímido blanquea
El techo del hogar cabe la aldea ;

XXII

Y esperan á la orilla del camino
Con amorosos brazos,
El retorno feliz del peregrino,
Del corazón los íntimos pedazos;
Tan plácido alborozo
Es una mezcla de temor y gozo.

XXIII

Ah ! no sabe el viajero si la ausencia
Es madre del olvido ;
Si quedará sumisa la existencia
A la memoria del placer perdido ;
Si del paterno techo
Vendrá el recuerdo á lastimar su pecho.

XXIV

A la luz del crepúsculo rojiza,
A mi ambición abiertas,
De mi cabaña rústica y pajiza
A ver llegué las suspiradas puertas,
Do me brindó regazo
La tierna madre en amoroso abrazo.

XXV

Y al mirar el hogar que con enojos
Abandoné de niño,
Se llenaron de lágrimas mis ojos ;
Mientras mi madre, con febril cariño,
En íntima alegría,
Mi cuello entre sus brazos oprimía.

XXVI

Repuesto, al fin, de la emoción primera,
Convulso y anhelante,
Con la agitada vista, por doquiera
Busqué de *Ella* el púdico semblante.
Ansioso la llamaba
Mi pobre corazón ; mas no llegaba !

XXVII

—"No la busques,"-me dijo amargamente
Moviendo la cabeza,
Mi madre, al ver flotar sobre mi frente
Lúgubre sombra de mortal tristeza.
—" Ni pierdas tu reposo
Al mirarla en los brazos de su esposo."

XXVIII

Si el abismo á mis pies se hubiese abierto
En ese instante mismo,
Mi soñado ideal, al sentir muerto,
Me hubiera sepultado en el abismo:
En mi fatal quebranto
Luchaba, en vano, por brotar el llanto.

XXIX

En un valle feraz que al sol de estío
Con su verdor encanta,
Cabe la márgen de apacible río
Una pajiza choza se levanta;
Naranjos le dan sombra,
Y el verde césped su silvestre alfombra.

XXX

Circuye el valle un cinto de colinas,
Por cuyas hondas quiebras,
Á fecundarlo llegan cristalinas
De limpias aguas las movibles hebras,
Que en lechos de esmeralda
Del monte lamen la desnuda falda.

XXXI

La abandonada choza se reclina
En sus muros de piedra,
Do asilo busca el ave peregrina,
Y arraiga firme la verdosa hiedra,
Cuyas tupidas frondas
Tiemblan del río en las serenas ondas.

XXXII

Alumbra el sol que escala las ventanas
Un silencio sombrío,
Que turban en la noche las cercanas
Voces del aura en el cristal del río,
Y el lánguido murmullo
De ave inocente en su amoroso arrullo.

XXXIII

Abren allí las matizadas flores,
Al beso de la noche,
O de la blanca aurora á los fulgores,
Lleno de aroma el delicado broche;
Y ofrece aquel paisaje
Algo de encantador y de salvaje.

XXXIV

Aquella humilde choza ya desierta,
Donde el hogar no arde,
Tristes recuerdos de pesar despierta
A la luz moribunda de la tarde,
Si evoca la memoria
El eco vago de su amarga historia.

XXXV

Cuando corona la invernal neblina
Del monte la ardua frente,
Y entre flores el aura campesina
Se aduerme suspirando dulcemente,
Y tímidas y graves
Al nido vuelven las canoras aves;

XXXVI

Y oculta el sol tras nube oscurecida
Su lumbre bienhechora ;
Y el espacio recorre enardecida
La voz del ronco trueno bramadora,
Y vibran á lo lejos
De los fúlgidos rayos los reflejos,

XXXVII

En confuso tropel amontonadas,
Por el espacio flotan,
De rayos y relámpagos preñadas
Túrbidas nubes que torrentes brotan,
Y el huracán bravío
Concita airado al apacible río.

XXXVIII

Informes piedras, robles corpulentos,
Al vaivén de las olas,
Como en tremendo alud bajan violentos,
Terror llevando á las campiñas solas,
Cuya feraz simiente
Arrasa enfurecida la corriente.

XXXIX

Lleno de sobresalto el campesino
De la choza se ahuyenta ;
Asilo busca en el breñal vecino
Que lo ampare mejor de la tormenta,
Y enjuga en su quebranto
Los mustios ojos que humedece el llanto.

XL

Doquier que el vendaval airado ruge,
Y la corriente anega
La mies que fecundaba, y con su empuje
Los corpulentos árboles doblega,
Enluta oscuro velo
El limpio azul del dilatado cielo.

XLI

La corriente, antes mansa, se desborda,
De su cauce se lanza,
Con ronco estruendo la campiña asorda
Y enfurecida por el valle avanza;
Cerrando el horizonte
De turbias aguas, el opuesto monte.

XLII

¿Quién pensara jamás que aquel asilo
De imperturbable calma,
Perdiera su quietud, su amor tranquilo,
Sumiendo en honda soledad el alma?
¿Quién presumir pudiera
Que en desierto eríal se convirtiera?

XLIII

¿Que el grato nido que el amor formara,
Colmado de ilusiones,
El destino iracundo trasformara
En antro de borrascas y aquilones?
¿Que de ese hermoso suelo
Afanoso el placer tendiera el vuelo?....

XLIV

Oh síno de la humana criatura
Que entre infortunios crece!
Lo que más dicha al corazón augura
Cual aroma de flor se desvanece;
Y en la implacable afrenta
La fe se extingue y el dolor se aumenta.

XLV

En oscuro rincón de la cabaña
Que el vendaval azota,
Y en la turbia corriente que la baña
Ligera cuna combatida flota:
Entre su blanco armiño
Duerme sonriendo en su inocencia un niño.

XLVI

¿Dónde la madre está, que aislado deja
Al desdichado infante,
Y no le brinda, á la doliente queja,
El calor de su pecho palpitante?
¿En dónde está, que olvida
Que es aquel hijo vida de su vida!

XLVII

¿No abriga, acaso, el corazón materno
El pensamiento fijo,
Que es de la madre en el regazo tierno
Do más tranquilo se adormece el hijo;
Donde el sueño es más puro
Y se halla del peligro más seguro?

XLVIII

Imposible pensarlo! ¿Quién no sabe
Que incesante se agita,
Una zozobra, al par que dulce, grave,
En la madre infeliz, cuando palpita
El corazón sereno
Del fruto del amor entre su seno?

XLIX

¿Que luégo, al arrullarlo entre los brazos,
Al vigilar su sueño,
Unenla á él indisolubles lazos,
Vive por él con amoroso empeño,
Y siente en sí la muerte
A las primeras lágrimas que vierte?

L

¿Que cuando asoma la infantil sonrisa
En su entreabierta boca,
En el materno rostro se divisa
Festivo orgullo que al placer provoca,
Y mira su fortuna
Palpitar en el fondo de la cuna?

....

LI

Angel de bendición y de consuelo,
Que en el revuelto mundo,
En tu alma noble descubriendo el cielo
Eres de dichas manantial fecundo;
¡Madre, á tu excelso nombre
Desciende Dios al corazón del hombre!

LII

Nó, no puedes ahogar dentro del alma
Los afanes prolijos,
Que ahuyentan de tu sér la dulce calma
Al pensar en la suerte de tus hijos ;
Amante los recibes,
Tu amor es de ellos, y por ellos vives!....

LIII

Y aquella madre á quien la suerte obliga,
Sin compasión alguna,
A luchar con el hambre y la fatiga,
Confiando al sueño, el hijo que en la cuna
Reposa blandamente,
Sin que cruce una sombra por su frente,

LIV

Siguió á buscar en el hogar vecino,
Sin turbación ni alarde,
El sazonado pan del campesino,
Que al amor de la lumbre, aquella tarde
En medio del reposo,
Compartirá con el ausente esposo.

LV

Tomando la vereda casi oculta,
Que en la suave pendiente
De la verde colina se sepulta,
Al llegar á la cima, de repente,
A la vista recrea
Con su paisaje la vecina aldea.

LVI

No turba á sus sencillos moradores
El porvenir incierto;
Es un edén de encantos y de amores
Cada hogar, cada choza, cada huerto;
Como fuente escondida
Sigue su curso sin rumor la vida.

LVII

De ese agreste lugar con los aromas
De las inquietas brisas;
Con el dulce arrullar de las palomas,
De la aurora á las plácidas sonrisas;
Con su verdor ameno;
Con la luz de su sol siempre sereno;

LVIII

Bajo su ambiente fresco y apacible
Y de fragante esencia;
Entre los mimos de la edad sensible,
Tan llena de candor y de inocencia,
Allí sin desengaños
Corrieron dulces mis primeros años.

LIX

Y allí también la hermosa compañera
De mi niñez, que un día
De un casto afecto á la emoción primera
Me dijo que me amaba; Rosalía
Allí creció; sus ojos
Luz destellaban disipando enojos.

LX

Mas el destino despiadado quiso,
De sus tiernos amores,
Convertir en erial el paraíso;
Y hoy llamaba al hogar de sus mayores
Pidiendo en su querella,
Pan para el hijo, compasión para élla.

LXI

La lluvia torrencial que se desata,
Semeja en su caída,
La mole de estupenda catarata
Del alto firmamento desprendida,
Mientras conturba el seno
Del ancho espacio, fragoroso trueno.

LXII

Hora por hora el vendaval arrecia....
La madre que adivina
Hondo peligro, el vendaval desprecia
Y rápida á la choza se encamina;
Y á medida que avanza
Batalla entre la duda y la esperanza.

LXIII

Suelta al aire la undosa cabellera
Y el pecho jadeante,
Con rapidez prosigue su carrera
Torva la vista, pálido el semblante;
Cuando de pronto asoma
A la pendiente de la verde loma.

LXIV

Y con espanto ve desde la altura
Los campos inundados ;
De su cabaña frágil é insegura
Los plácidos contornos anegados,
Y al pie de la pendiente
Una cuna que arrastra la corriente.

LXV

Un momento la ve. Yertos levanta
Los temblorosos brazos ;
Siente morir la voz en la garganta
Y el corazón saltársele en pedazos ;
Y de dolor deshecho
Un grito ahoga su oprimido pecho.

LXVI

Parécele escuchar en su agonía
Un llanto lastimero.
¡ Qué de impresiones en su faz sombría
Se van pintando con dolor severo !
En tan terrible lucha
Implora protección : nadie la escucha !

LXVII

Ay, si en la augustia del dolor perdida
Presta el socorro tarde !
Ni el peligro la arredra, ni intimida
Firme el valor que en sus entrañas arde:
Su hijo tal vez la llama,
El destino otra víctima reclama.

LXVIII

Piedad y auxilio del medroso cielo
Invoca en su amargura ;
Y en medio del pesar y el desconsuelo
Se lanza como loca de la altura.....
Si su existencia corta
Para salvar al hijo ¿qué le importa ?

LXIX

Arrastra, en tanto á la flexible cuna
La corriente bravía ;
Acaso no le niegue la fortuna
El maternal apoyo que le envía....
En ese instante mismo
Va la madre á luchar con el abismo.

LXX

Al agua con valor se precipita
Ciega en su afán, batálla
Contra el turbión, con ansiedad palpita
Su corazón que ante el temor no calla;
Airada la corriente
La quiere devorar... y es impotente.

LXXI

Merced á cada esfuerzo, avanza, avanza ;
Su intrepidez la abona ;
En su pecho renace la esperanza
Que con nimbo de estrellas la corona
Y al turbión que no cesa
Va á arrebatar la codiciada presa.

LXXII

Oye del hijo en medio á sus enojos
Un grito que la espanta ;
Puede mirar con angustiados ojos
Que él los bracitos trémulos levanta ;
Y cruzan el vacío
Los ecos que repiten : "¡ Hijo mío !"

LXXIII

Ya alcanza al hijo, y al tender la mano
Y asirlo en su congoja,
Se abre el abismo, y el turbión insano
Al negro fondo sin piedad la arroja;
Y en ese instante mismo
Surge con nuevas fuerzas del abismo.

LXXIV

Y sigue el batallar... No desespera
Con tan rudos agravios...
Rendida, al fin, del hijo se apodera,
Imprime un beso en sus marchitos labios ;
Y mustia y jadeante
Lo estrecha contra el seno agonizante.

LXXV

Un momento no más para salvarse
Bastara, que la playa
Ya bien próxima está ; pretende aunarse
Con ímpetu mayor... y no desmaya :
Que á su pecho se adhiere
Esa dulce esperanza que no muere.

LXXVI

A pesar de su angustia, en su hondo anhelo
Su valor no se agota :
Que no ve el alma el suspirado cielo
Cuando la fe del corazón no brota ;
Y hay horas en la vida
En que nada al espíritu intimida.

LXXVII

Como llevadas por gigante empuje
Las olas se suceden ;
Y á cada oleaje que furioso ruge,
Riscos y troncos á su paso ceden:
Jamás naturaleza
Viera mayor poder ni más fiereza.

LXXVIII

Y de improviso, cuando ya palpita
Su corazón cansado,
Y lentamente en su interior se agita
La luz de la esperanza, más airado
Llega el turbión á ella
Y contra un risco con furor la estrella.

. . . .

LXXIX

Luégo, al pie del peñón brilla un instante
La reluciente espuma,
Y de su seno se alza vacilante
Oscuro manto de funérea bruma,
Que va de monte en monte
Cerrando por entero el horizonte.

LXXX

Cesa la tempestad ; pliega sus alas
El huracán bravío ;
Ostenta el campo sus marchitas galas ;
Vuelve á su lecho pedregoso el río ;
Y luce limpia y pura
Del iris la flotante vestidura.

LXXXI

Va declinando hacia su ocaso el día. . . .
Mientra el amante esposo,
Con el rostro radiante de alegría,
En busca del hogar sigue afanoso
Por la vereda oculta
Que en la húmeda colina se sepulta.

LXXXII

¡ Qué de ilusiones forja en el exceso
Del paternal cariño !
Saludará á su esposa con un beso ;
Irá á la cuna en donde duerme el niño,
Y otro ósculo amoroso
Le dará al hijo, y dormirá dichoso.

LXXXIII

No sabe el desdichado que la suerte,
Con mano despiadada,
Trocó en recinto de dolor y muerte
El seno, antes feliz, de su morada;
Y disipó luctuosa
Sus ilusiones de jazmín y rosa.

LXXXIV

No ve al llegar el ostentoso alarde
Del humo que se mira
Del pardo techo, al declinar la tarde,
Alzarse leve en vacilante espira;
Y ni su esposa aguarda
Sentada en el umbral, su vuelta tarda.

LXXXV

Desnudo y sólo encuentra el aposento,
Y húmedo todavía;
Por las grietas del muro pasa el viento
Formando una medrosa sinfonía,
Y borra la importuna
Sombra, la luz de la naciente luna.

LXXXVI

No alcanza á comprender qué ha sucedido,
Ni alcanzarlo desea;
De sobresalto y de temor henchido
Dirige el paso á la cercana aldea,
Tomando, poco á poco,
Su faz convulsa la expresión de un loco.

LXXXVII

En la amargura que su pecho ahonda,
Que en su alma ya no cabe,
A nadie encuentra que á su voz responda;
De la esposa ni el hijo nadie sabe;
Y con dolor y espanto,
Prorrumpe en quejas y en amargo llanto.

LXXXVIII

—"Dónde mi esposa está?"-con ansia grita,
De su infortunio cierto;
—" El hijo de mi amor, por quien palpita
Mi pobre corazón, también ha muerto?
Si os péna duelo tanto
Prestad alivio á mi febril quebranto.

LXXXIX

"Si murieron, decidlo á mi amargura;
Ya nada me intimida;
Llevadme á su desierta sepultura
Que con mis besos les daré la vida;
No acrecentéis mi pena
Mudos quedando á la desdicha ajena."—

XC

Deshecho en llanto torna á la cabaña.
Cuánto el dolor le oprime!....
La absorta multitud que lo acompaña
Entristecida y silenciosa gime;
Y yo también, como ella,
Presa de hondo pesar, sigo su huella.

XCI

Entre la calma de la noche umbría
Avanzamos en tanto;
Y el sepulcral silencio interrumpía
Sólo el rumor del pesaroso llanto;
Y ese murmurio leve
Que forma el aura que las hojas mueve.

XCII

Cabe la margen del sereno río,
En cuyas linfas riela
De limpia luna el resplandor sombrío,
Cuyo vago fulgor calma y consuela,
En lenta desfilada
Seguimos por la senda enmarañada.

XCIII

Del astro de la noche á los reflejos,
Cuya luz no desmaya,
Dos cadáveres vimos, no muy lejos,
Sobre la blanca arena de la playa:
Con horror infinito
La muchedumbre entera lanza un grito.

XCIV

¿Quién del esposo la terrible queja
Podrá acallar, si el cielo
Sumido en triste soledad lo deja,
Y permanece mudo en su hondo duelo?
Quizás del tiempo el paso......
¡El pesar como el sol tiene su ocaso!....

XCV

Al pie de un risco inaccesible y duro
Que altivo se levanta,
Y que á manera de potente muro
Entre las turbias ondas se adelanta,
Sobre la arena fría
Rígida y muerta estaba Rosalía.

XCVI

Pintábase en su pálido semblante
De aquella lucha impía,
Profunda huella, y contra el seno amante
Al hijo entre los brazos oprimía,
Cual si en su afán pensara
Que aun muerto de su lado se ausentara.

. . . .

XCVII

Lo que pasó después...nadie lo sabe...
El desolado esposo
A mis brazos voló...y austero y grave
Siguió un momento de mortal reposo;
Y acrecentó la pena
Lóbrega noche que enlutó la escena.

XCVIII

Naciendo acaso de la misma fuente,
De sinsabor henchidas,
Brillaron y corrieron lentamente
En una nuestras lágrimas fundidas:
Eran en tal momento
Hijas las dos de un mismo sentimiento!....

FIN

ROSALÍA

POEMA

A LA ACADEMIA VENEZOLANA

En testimonio de alto aprecio.

El autor.

ROSALÍA

I

Invocación

" Encanto de mis ojos, fanal de mi ventura,
Estrella refulgente del cielo tropical,
Ostenta en torno mío tu diáfana blancura,
Alumbre mi sendero tu luz matutinal.

" Alondra cuyos tiernos, armónicos cantares
Preludian en sus notas la dicha celestial,
Tus bosques abandona, desecha tus palmares,
Y cuelga en mis jardines tu rústico nidal.

" Arroyo cristalino de plácida corriente,
Que avanzas por un lecho de gualdas y coral,
Las flores de mi vida
Refresca con tus aguas ;
Y bañe con dulzura
Mi calorosa frente
De tus serenas ondas
El límpido raudal.

"Y en las amargas noches de duelo y de agonía,
En que mis ojos broten de llanto un manantial,
Encanto de mi vida, difunde tu alegría ;
Alondra, suelta al aire torrentes de armonía ;
Estrella de mis noches, enciende tu fanal. "

II

Idilio

Así, cuando la tarde plegaba lentamente
El manto vaporoso, teñido en rósea luz,
Le dije con acento sensible de ternura,
Clavando mis miradas en su pupila azul.

Y llenos de ilusiones, unidas nuestras almas,
Miramos la esperanza vagar en derredor,
Forjamos castos goces, juntamos nuestros labios,
Y un beso pudoroso con timidez vibró.

La luna en el espacio mostraba temerosa
De estrellas circundada la pudibunda faz;
En tanto que en las brumas oscuras de la noche
Borraba sus contornos la luz crepuscular.

Aromas delicados, perennes melodías,
Suspiros de las brisas, columpios de la flor,
Encantador idilio de los primeros años.
Guardad de esos recuerdos la grata vibración.

III

La Carta

" De nuestra amarga ausencia la copa emponzo-
(ñada
Mis tiernas ilusiones envenenando va,
En lo íntimo del alma tu nombre llevo escrito,
Y en medio á tanta pena, te quiero mucho más.

Jamás podré olvidarte, jamás de mi memoria
Los plácidos recuerdos de amor apartaré,
Tu amor será la estrella que, luminosa siempre,
Alumbre de mis noches la densa lobreguez.

"Si otra mujer más bella me roba tu cariño,
Y frases amorosas aprende para tí,
Y dejas en sus labios el néctar de tus besos,
Quizás seré dichosa mirándote feliz.

"No puedes olvidarme, tu amor me da la vida,
Soy tuya, tú lo sabes!....Te adoro!....Adiós,
(adiós...."
Sus lágrimas borraron las cifras de su nombre.
Que aun guarda con cariño mi amante corazón.

IV

El Olvido

Las flores doblegaron las púdicas corolas;
Las brisas acallaron su lánguido rumor;
Las sombras del olvido borraron lentamente
Del cielo de mis dichas el último arrebol.

Errantes los suspiros, las alas temblorosas,
En su incesante vuelo plegaron con afán;
Los labios palpitantes buscaron otros labios,
Y luégo á tanta pena siguió la soledad.

V

!............

Descoge la mañana su crencha luminosa,
Llenando con sus rayos el firmamento azul;
Y náyades y ondinas acuden á mirarse
De las parleras fuentes en el rizado tul.

En alas de otro afecto, soñando nuevas dichas
De mirto coronada la alabastrina sien,
Recuerdos de otros días no cruzan por su frente
Y hacia el altar avanza con dulce timidez.

La desposada es *Ella*. .mas ay ! entre su pecho
La ausencia nuevas flores vivificando está,
Y en caprichosos giros se ven las ilusiones
Vagar tras las cortinas del tálamo nupcial.

Inmenso es el abismo. .mi amor un imposible...
Eterna despedida quisiera darle yo. . . .
Está dormida y sueña. .mi nombre ha pronuncia-
(do . . .
Su sueño no interrumpas. . Silencio, corazón ! . .

VI

Muerta......

Enlutan los crespones el fúnebre aposento ;
Los cirios vacilantes difunden triste luz ;
Y al pie del Crucifijo que anima y que consuela
Descansa mi adorada, cual si durmiera aún.
. . . .

Oscura está la noche ; desierta la campiña ;
Tristeza y amargura se sienten por doquier ;
E inclinan la corola las perfumadas flores
Que adornan de su tumba la agreste sencillez.

¡ Creced con mis caricias oh ! flores delicadas,
En vuestro cáliz puro mis lágrimas guardad ;
Y en torno del sepulcro que encierra sus despo-
(jos
Henchid el claro ambiente de aroma virginal !

VII

Soledad

Encanto de mis ojos, fanal de mi ventura,
Estrella refulgente del cielo tropical,
No ostentas ya á mi lado tu diáfana blancura,
Ni alumbra mi sendero tu luz matutinal.

Alondra, de tus tiernos, armónicos cantares
Las notas no preludian la dicha celestial,
Soñando nuevos huertos y bosques y palmares
De mi vergel huiste buscando otro nidal.

Arroyo cristalino, tu plácida corriente
Dejó el mullido lecho de gualdas y coral,
Las flores de mi vida
No riegan ya tus aguas;
Ni con igual dulzura
Frescor presta á mi frente,
De tus serenas ondas
El límpido raudal.

Y en las amargas noches de duelo y de agonía
En que mis ojos brotan de llanto un manantial,
Encanto de mi vida, no encuentro tu alegría;
Alondra, no me brindas torrentes de armonía;
Estrella de mis noches, no enciendes tu fanal!

1885.

Obsequio que hace el autor al Asilo de niños huérfanos de Caracas.
